



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 4.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Enero 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXVI.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.

Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.
Seis meses.. 15,50 »	Seis meses.. 18,50 »
Tres meses.. 8,00 »	Tres meses.. 9,50 »
Un mes... 3,00 »	

2.ª EDICION.—ECONÓMICA.

Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.
Seis meses.. 9,50 »	Seis meses.. 11,50 »
Tres meses.. 5,00 »	Tres meses.. 6,00 »
Un mes... 2,00 »	

3.ª EDICION.

ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.

MADRID Y PROVINCIAS.
Un año... 13,00 pesetas.
Seis meses.. 7,00 »
Tres meses.. 3,50 »
Un mes... 1,25 »

4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.

Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses.. 14,50 »	Seis meses.. 15,50 »
Tres meses.. 7,00 »	Tres meses.. 8,00 »
Un mes... 2,50 »	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demás puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con solo el aumento de 10 por 100, en razón al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.ª.—BUENOS AIRES: D. Manuel Refé.—CHILE y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Cuatro elegantes vestidos para niñas y niños de 4 á 7 años. — Cuello de encaje para señora y manga correspondiente. — Cuello y manga con calados. — Vestido de dos telas para niña de 8 á 10 años. — Chaqueta con trenzados. — Traje con fichú. — Traje para teatro. — Fichú de lana. — Corbata de muselina y encaje. — Flecos ricos para guarnecer trajes. — Canastilla con aplicaciones. — Canastilla para papeles. — Cestilla de cañamazo Java. — Fichas para juego. — Caja para fichas. — Sachet para pañuelos. — Sillones con bordados. — Cuadros y puntilla de encaje irlandés. — Porta-capas. — Calienta-pies. — Cenefa de souteche. — LITERATURA: La emancipación de la mujer, por J. G. C. — Canto de Glyceria, poesía, por A. Balbin de Unquera. — Dudas y esperanzas, poesía, por Concepción de Estevarena. — Blasones de las provincias de España, por Manuel Calvo. — Recuerdos de Suiza, por Augusto Pérez Perchet. — Espigas y amapolas, por Angela Grassi. — Bibliografía, por Vicente Cuenca. — Economía doméstica. — Correspondencia. — Explicación del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. CANASTILLAS.

La primera, para la labor, es de junco y la tapa, forrada de seda por dentro y con medallones bordados de aplicación, cuyos dibujos encontrarán nuestras lectoras en el pliego de patrones. Los ángulos van adornados con lazos de cinta.

La segunda, para recibir los papeles rotos en un despacho, es también de junco con lambrequin bordado en paño ó cachemir con aplicaciones de otros colores, rematadas las puntas con borlas.

3 Y 4. CUELLOS DE ENCAJE.

El núm. 3 es un cuello de tul bordado con aplicación de muselina á cordoncillo y recortada la muselina con tijera fina y hechos calados en los huecos. El núm. 4 es una aplicación de cinta de encaje irlandés sobre tul, pegada igualmente á cordoncillo y con calados en los huecos: un piquillo de encaje al borde los termina, y para armarlos, véase el número 11.

5 Y 6. BLUSA PARA NIÑO.

(Patron: el de la blusa número 3 del CORREO anterior).

1. Canastilla con aplicaciones, para la labor. (Explicación y dibujo: pliego por el derecho, núms. 4 y 5)



7 Y 8. VESTIDO PARA NIÑA DE 2 AÑOS.

(Patron: en el pliego de patrones por el revés, núm. VII, figs. 25 á 27).

Está cortado el cuerpo y falda de una pieza como indica el patron y el centro de atrás es un pedazo al hilo de 68 cents. de ancho que se pliega á tablas cerrando el cuerpo bajo una de ellas: la manga va montada á un puño de 2 centímetros y el cinturón tiene 3 de ancho, cerrando bajo un lazo. El núm. 7 presenta un vestido á rayas negras y encarnadas, cortado al biés y adornado de trencillas que suben á figurar el vestido abierto por un lado y adornado de patas cortadas al hilo y sujetas con un boton. El núm. 8 muestra el vestido á cuadros azules con bieses de faya azul que adornan la falda por abajo, escote, mangas y cinturón. Una puntilla guarnece además el escote y manga.

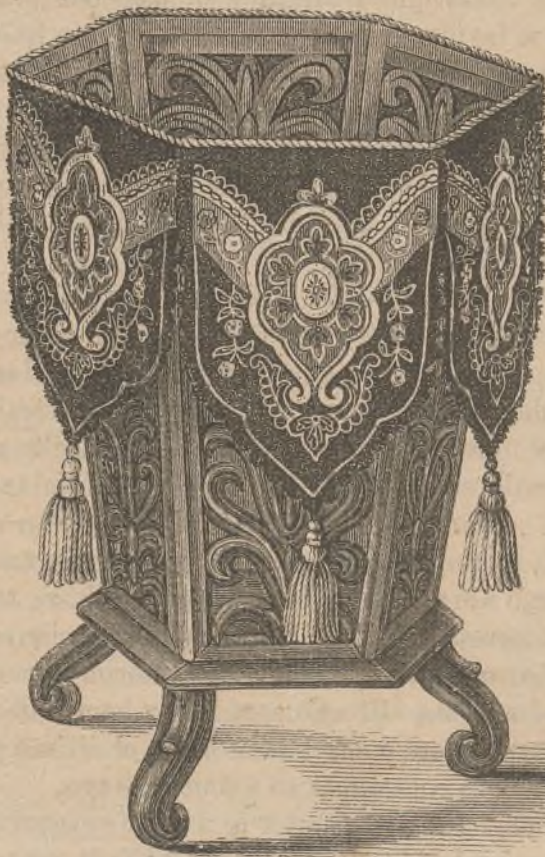
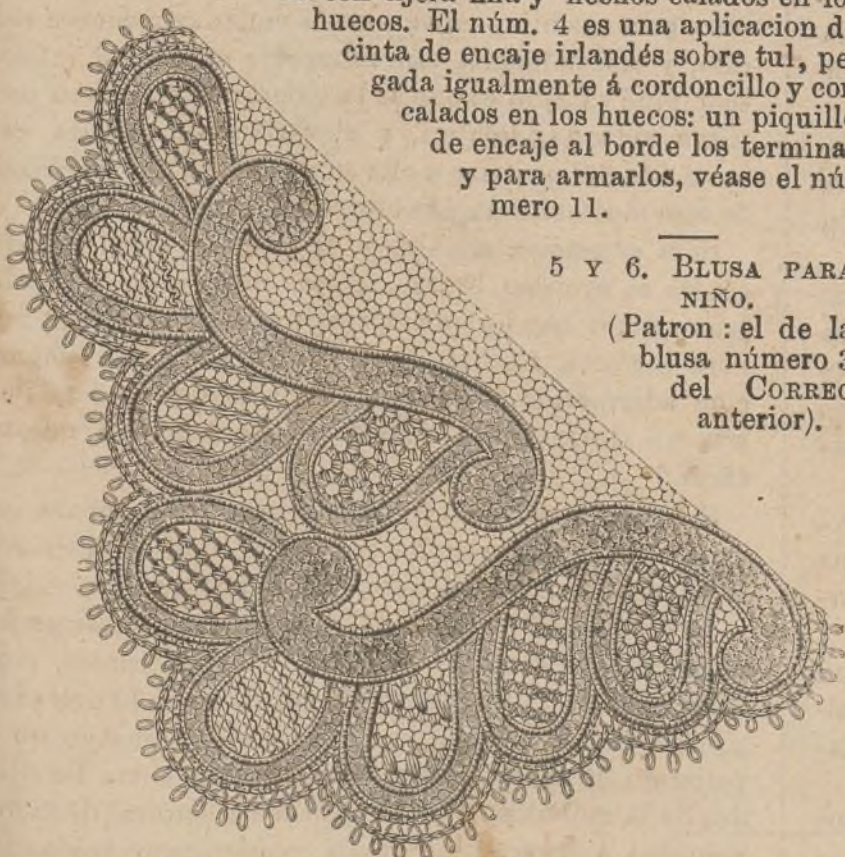
9 Á 10. CANASTILLA DE CAÑAMAZO JAVA.

Labor de capricho.

Empléase un cuadro de cañamazo de 30 cents. forrado de carton y luego de un pedazo de franela, reps ó poplin que se deja exceder por los lados y más aún por arriba para cerrarlo con jareta. La tira que adorna el centro del cañamazo la presenta el núm. 10 bordada á punto ruso con seda de varios colores sobre fondo de paño ó cachemir blanco ó azul, si la bolsa es grana: los rizados y lazos que completan la canastilla corresponden al color y tela de la bolsa.

11 Á 14. CUELLOS Y MANGAS.

(Patrones: en el pliego por el revés, núm. IV, fig. 13). El dibujo de la manga puede servir para el cuello, teniendo además á la vista los números 3 y 4



3. Cuello bordado de aplicación (Véase el núm. 11).

2. Canastilla para papeles. (Explicación y dibujo: pliego por el derecho, núm. 1).

4. Cuello de encaje irlandés. (Véase el núm. 11).

que ofrecen dibujo para el cuello núm. 11: el cuello se pega á un puño y la manga se adapta igualmente á otro puño pegando á este el encaje. Los núms. 13 y 14 son tiras dobles unidas por calados ó vainicas, género muy de moda en la actualidad: pueden unirse tambien por cualquiera otro punto de calado, hecho con aguja de coser, colocando los pedazos en el cuello y puño como indica el grabado y sujetando todos los remates entre un puño de dos telas pespunteado á la máquina. Este mismo patron puede copiarse solo con un jareton á vainica alrededor.

15. CHAQUETA CON TRENZADOS.

Este modelo no tiene más novedad que la colocacion de los trenzados que por el momento son el adorno obligado: por delante hacen la misma figura que por detras.

16 y 17. VESTIDO PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revés, núms. V, figs. 14 á 19).

Es de un tejido de lana liso con adorno de cuadros en el mismo tono, orillados de bieses de seda y de un plegado de lana liso á los bordes: la falda tiene por abajo un metro 85 cents. de vuelo y los bieses van adornados sobre linon. La túnica de cuadros, se corta al biés y el cuerpo liso cerrado por detras con botones, se adorna con bieses de cuadros, mientras las mangas de cuadros se adornan con tela lisa. Lazos de las dos telas completan el vestido debiendo tenerse presente para el tamaño de ellos la estatura de la niña.

18 y 19. CUADROS DE ENCAJE.

Sirven estos modelos para rematar corbatas, adornar centros de gorra, ó de fichús, etc. Los materiales de que se componen, son: cinta de encaje irlandés, trencilla cluny y algodón fino de crochet. Ambos cuadros van presentados de tamaño natural, uniendo los diferentes motivos de cinta de encaje, con cadenetas de crochet, para lo cual no hay más que tener los dibujos á la vista: una sola vuelta de crochet rodea las estrellas del núm. 18 y la ejecucion del 19 es aún más sencilla.

20 y 21. SACHET PARA PAÑUELOS.

Materiales: Raso blanco, tafetan para forro, cordón de seda, encaje y medallón irlandés.

Puede hacerse lo mismo blanco que de color, tiene 54 centímetros de largo por 36 de ancho y está por dentro entretelado á la máquina, poniendo entre el algodón polvos perfumados: el bolsillo, entretelado tambien, lleva cordón alrededor como todos los bordes del sachet, adornando la cubierta un medallón y alrededor un encaje irlandés con rizado de cinta sobre la pegadura. Para el encaje puede verse el núm. 25.

22 á 24. FICHAS PARA JUEGO.

Así la caja como las fichas, son de madera con pintura silueta, sistema ya explicado á nuestras lectoras y de ella les da más detalles el pliego de patrones.

25. ENCAJE IRLANDÉS.

Segun el objeto á que se destine puede hacerse con cinta más ó menos gruesa y la emplea lisa y de medallones, con calados ya conocidos en esta clase de labores.

26 á 28. SILLONES.

El primero es un sillón que sirve para salón de confianza cerca de la chimenea: el modelo que presentamos es de roble esculpido con tira en el centro de terciopelo bordado de colores: el fleco y las borlas corresponden á ellos.

El segundo, es un sillón de terciopelo con tiras de tapicería para los que ofrece dibujo el núm. 28. Los colores del bordado los lleva la cenefa al pié y la armadura del sillón es igualmente de roble esculpido.

29 á 31 y 35. FICHÚ DE PUNTO.

Estos fichús de lana tan elegantes y ligeros sirven al mismo tiempo para la cabeza y para el cuello y se pueden llevar, tanto dentro de casa como para sociedad, paseo ó carruaje. Nuestro modelo se ejecuta en tres partes y á punto de aguja liso, siempre al derecho, yendo y viniendo y se trabaja sobre agujas de madera con lana alpaga. El centro es un rombo que se empieza por su extremo con 3 puntos, se aumenta un punto al fin de cada vuelta y cuando se han obtenido 133 puntos se ha llegado á la mitad del fichú; despues de una vuelta lisa se mengua del mismo modo que se habia crecido y se concluye sobrecargando los 3 puntos que quedan sobre la aguja.

Cada punta se hace por separado, midiendo 40 cents. de largo por 9 de ancho; se montan 20 puntos con los cuales se hacen 100 vueltas, luego se parten los puntos en dos mitades y se trabajan una despues de otra para hacer dos puntas: para esto basta menguar un punto en el borde inferior á cada 2 vueltas. Los paños se cosen á cada extremo del fondo y se guarnece el fichú todo alrededor con una puntilla de 11 cents. de altura puesta embebida y algo fruncida en los ángulos, ó bien con los ricos flecos cuyos modelos dan los grabados 29 y 30.

32. PORTA-CAPAS.

Nuestras lectoras hallarán el dibujo y la explicacion en el pliego que acompaña al presente número por el derecho, núm. 17.

33. CALIENTA-PIÉS.

Igualmente se hallan en el pliego por el derecho, número 6, la explicacion y el dibujo de este precioso objeto.

34. CORBATA CON PUNTA DE ENCAJE.

Una tira de muselina de 13 cents. de ancho dobladilla-da y adornada con un medallón ingerido con calados en ambas puntas constituyen esta linda corbata. Las lazadas van sujetas con algunas puntadas fáciles de quitar cuando se lave. Se puede adornar del mismo modo una corbata de seda, gasa ó crespon.

36. FICHÚ ADORNADO CON FLECO.

Necesita un triángulo de 65 á 70 cents. de largo de costado, es de crespon de China y va guarnecido con el fleco. Solo hay que advertir que como el lado al biés deberá formar la capucha es preciso dobladillarlo del costado opuesto. Se le drapea por detras con algunos pliegues y por delante cierra en la cintura bajo un lazo.

Tambien puede hacerse de raso ó tafetan guarneciéndolo con pluma, encaje ó blonda.

37. CENEFAS DE SOUTACHE.

Esta cenefa de muy fácil ejecucion sirve para adornar abrigos y vestiditos de niño. Se ejecuta á soutache y cadeneta en un color ó en dos tonos del mismo color.

JOAQUINA BALMASEDA.



Aunque no abundamos en las mismas ideas que el autor del siguiente artículo, nos apresuramos á publicarlo, tanto porque está escrito con suma discrecion y galanura, como por referirse á un asunto de tan vital interés para nuestro sexo.

EMANCIPACION DE LA MUJER.

Nada hay tan osado como la inquieta imaginacion del hombre. Decimos esto por su constante peregrinacion en busca de ideas que difundir y la pasmosa facilidad con que de sí las arroja para adquirir otras que halaguen su incomprensible volubilidad ó el deseo de descollar sobre los hombres pensadores de su tiempo.

La emancipacion de la mujer es uno de esos problemas presentados á la curiosidad humana, ávida siempre de nuevas emociones y acogida de un modo favorable en algunos pueblos.

Por eso, al hallar en EL CORREO DE LA MODA esta interesantísima cuestion, una exclamacion de sorpresa partió de nuestros labios, que aumentó indefinidamente al contemplar, al pié de un bien pensado artículo, en iniciales, el nombre de una jóven y apreciable escritora, hija de una distinguida familia de Chiclana.

Desde el comienzo de esta pública produccion se encuentra allí la huella de un talento precoz, y más que nada el fuego abrasador de inspiracion sublime, transformado en inmenso caudal de poéticas lucubraciones.

Hemos devorado en el silencio de la noche la multitud de levantadas ideas allí aglomeradas, y hemos hecho algunos esfuerzos para comprender hasta el último pensamiento de lo que constituye su primer ensayo.

La emancipacion de la mujer es uno de esos productos de la extravagante filosofía del siglo XIX; la emancipacion de la mujer parece aceptada y defendida elocuentemente por elevadísimas inteligencias. Conferencias pú-

blicas se celebran en las grandes ciudades donde se trata de dilucidar ese *pesado* problema social cuyos resultados no se adivinan, y acostumbrado el ánimo del que suscribe á seguir el curso de estas grandilocuentes peroraciones, fundado en las cuales ha podido formar su opinion, no del todo contraria á las corrientes de nuestros dias, una teoría opuesta no podía dejar de llamar su atencion, y hé aquí por qué consignamos, al comenzar estos renglones, estar poseído de una admiracion hasta cierto punto justificada.

La idea de caridad cristiana de que debe estar adornado el corazón de la mujer, no es una fuerte razon que detenga su fuerza de voluntad ni detenga sus meditaciones resoluciones.

Ahora bien, esa misma idea, innata en la mujer de todos los tiempos, cual si formara parte de su existencia, á la cual va unida: ese sentimiento de amor que santifica, convirtiendo en sublime y celestial lo que es puramente terrenal y prosaico: ese rasgo de característica generosidad, principal atributo de tan importante mitad del género humano, ¿es acaso desconocida, es decir, se opone en algo á su desarrollo intelectual, por cuyo medio pudiera llegar á las más altas dignidades de un estado?

Si antiguas preocupaciones sociales han considerado á la mujer como un simple instrumento de pasajeros goces, ¿qué hay en el mundo tan persistente, digámoslo así, que subsista al interminable encadenamiento de las ideas, sin que perezca al fin, unas veces para no volver, otras para reaparecer de nuevo, tras la inmensa oscuridad de infinitos siglos?

Si los deberes de la mujer están reducidos á la práctica de los preceptos de la ley divina, y á labrar, entre las paredes de su eterno albergue, la felicidad de su esposo ó de sus hijos, ¿se deduce de aquí que ese es el estado inmutable del progreso humano, y á la mujer está encomendado el triste papel de paño de lágrimas en presencia de las desventuras de la tierra?

¿Es posible detenerse en medio del torbellino de esa filosófica tempestad que nos arrastra sin caer, permítasenos la expresion, en los horrores de un mortal estacionamiento? No: es preciso correr adelante; el mundo marcha y es necesario, ó seguir su corriente avasalladora, ó empeñar una lucha de gigante, en la cual la sociedad se coloca al lado de la ya admitida razon, arrebatada tambien del influjo poderoso de la que antes pasaba por utópica alucinacion, y despues se convierte en una serie dilatadísima de absolutas y precisas necesidades.

La emancipacion de la mujer es el problema más árduo de cuantos ha tratado de resolver la inteligencia humana. Todas las investigaciones practicadas prueban palpablemente que, con relacion al hombre, la inferioridad intelectual de la mujer es un sarcasmo, y la inferioridad moral una mentira.

Su cerebro, segun la acreditada fisiología de Gall, está generalmente menos desarrollado que el del hombre; y por eso, por lo comun, las mujeres tienen la frente más estrecha y menos elevada; es decir, hay más cantidad de masa cerebral en el hombre que en la mujer; y esto, que algunos pretenden hacer valer como argumentacion irrefutable, carece completamente de razon, por cuanto que la energía, es decir, la prontitud y la fuerza de las funciones del cerebro, no dependen solamente del tamaño de los órganos, sino tambien de su irritabilidad.

Siendo así, cuando en la mujer se reconoce bondad de carácter, delicadísimo sentimientos, cariñosos afectos para sus iguales, que se convierten en delirios de ternura para sus hijos: cuando en la mujer se reconoce todo esto, y especialmente una innegable capacidad intelectual, ¿qué extraño es que se la quiera arrancar á su perpétua vida de idolatría, y elevarla á una altura casi igual á la del que une á ella su existencia, ensanchando de este modo el reducido círculo de sus adoraciones?

Si la educacion en ambos es el más fuerte valladar contra el egoismo brutal de una pasion desordenada, ¿qué peligro hay en que la mujer se eduque de una manera perfecta, facilitando el movimiento de su imaginacion adormecida, y adquiriendo, á medida que se ilustra, un título más á nuestra admiracion y á nuestro cariño?

Si en otros países la mujer desempeña funciones que en el nuestro causarían risa; esto es, si en otros pueblos se la vé en el foro y en el aula, ¿por qué no aceptar siquiera la posibilidad de que en el nuestro llegue á ser un hecho la elevacion de la mujer á todos los cargos, cuyo acto implica la utilidad de los estudios que le preceden? ¿Qué perderíamos en último caso? nada: el ensayo no es peligroso. Podría acontecer que cayera entre los silbidos de la multitud, por esa propension natural de la humanidad á desacreditar todo pensamiento reconocido inútil, aunque ántes juzgado necesario; pero siempre quedaria en la mujer el hábito de la educacion exento de

pueriles escrúpulos sociales, y más satisfecho su deseo de saber por cuanto que se allanaría el espinoso camino de una enseñanza tan temeraria como injustamente negada.

Muchos sofismas han nacido al calor de raras excen- tridades; y purificados en fuerza de profundas y dete- nidas discusiones, han llegado ó á tomar parte del cuer- po de las leyes de nuestras políticas instituciones ó de alguna de las científicas verdades que constituyen el ár- bol del saber humano.

Si la emancipación de la mujer es en nuestros días una quimérica ilusión que excita la hilaridad de cuantos no la aceptan, ¿qué porvenir le estará reservado? No per- damos de vista ni un momento que, llámese delirio ó como se quiera, está apadrinada, como dijimos al princi- pio, por grandes y superiores inteligencias.

Quedamos, pues, en que la práctica y el sentimiento de caridad cristiana y la emancipación completa de la hermosa mitad del género humano, no son ideas que se repelen mutuamente; juntas pueden formar la belleza de corazón de la mujer emancipada.

J. G. C.

CANTO DE GLYCERA

Ó LA RAMILLETERA CIEGA.

Venid á verme, lirios del valle,
Rosas del huerto, venid á mí:
Por azucenas de niveo talle
Venga con celos el alhelí.
Venid á verme de mis dolores
En la sombría larga mansión
Y por las rejas de mis amores
Vereis las flores del corazón.
Rosas tempranas, no bien nacidas
Al sol del alba vereis salir
Que al mediodía yacen tendidas
No más viviendo que por morir!
Marchitas hojas de pensamientos
Con el geráneo de buen olor
Bajo su vello burlais los vientos
Cuando combaten en derredor.
Rojos claveles, en que del lábio
Tal vez robado veis el carmín;
Entre laureles, dote del sabio,
Ceñid las sienes del paladín,
Lágrimas brillan entre las flores
Será el rocío? De cierto no;
Son las desgracias de los cantores,
Son las alhajas que vendo yo.
Ah! yo las siento latir medrosas
Como la perla dentro del mar;
Dolor produjo tan frescas rosas
Su solo riego fué mi llorar!
Por mí de luto la luz del cielo,
Para mis ojos jamás hay Sol,
Como quien ama beldad con velo
De claro día mate arrebol,
O quien sin leño los mares mira,
O los desiertos, muerto de sed,
Tal por las flores mi voz suspira
Cuando les dice Mayo ¡Creced!
Bajo mi diestra brotan las hojas,
Entre mis ayes abren la flor
Y en mis oídos largas congojas
Tal vez les cuenta fiel Ruiseñor.
¿Y á mis oídos dulce te amo
Feliz amante podrá decir
Y de mi diestra comprado ramo
Vender emblema de su sentir?
Si de mis labios, rojos claveles
Copias las tintas, los besos no:
¿Dónde mojaba Dios sus pinceles
Cuando mis ojos de luz privó?
Mi pecho queda de luzenchido
Mis ojos quieren también amar;
¿Porque no vean Dios no ha querido
Que no supiesen también llorar?
¿Lloras acaso por los desdenes
Con mil espinas, oculta flor?
Largas arrugas surcan tus sienes,
Huellas sin duda son del amor.
El lirio insulta la siempreviva,
La purpurina tez del clavel:
Cuando los rayos del Sol recibía
El rostro mire de Dios en él!
Comprad un ramo, bellos amantes,
Que los amores podeis mirar;
¿Pues solo viven breves instantes
Yo por no verlos he de llorar?
La fresca dalia tal vez inclina

Su leve tallo, la luz sin ver:
Viendo mis flores, ¿quién adivina
Que mis dolores quiero vender?

Junio de 1873.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

DUDAS Y ESPERANZAS.

Vives en calma, mas ignoro al verte
si esa serenidad tu mente llena;
hay quietud en la dicha y en la muerte,
y yo miro no más que estás serena.

No sé si es la del justo cuya vida
afanes ó temores nunca oprimen,
ó es tu serenidad la del suicida
que piensa los detalles de su crimen.

Pienso que es el dolor el que te abate
cuando te miro pensativa y muda,
y juzgo que te entregas sin combate
á los inmensos mares de la duda.

El alma, por la duda se despoja
de los sueños de luz con que se viste:
¡no arrojemos por Dios la última hoja
que un árbol en otoño es cosa triste!

Yo quiero de esas dudas arrancarte,
yo, sin gozar la dicha, quiero amarla,
yo, ciega como tú, quiero guiarte,
si no he de ver la luz, quiero soñarla.

Con las ruinas de ayer, forma un palacio
á la fé, que es la luz hija del cielo:
¡no hay mirada perdida en el espacio
que no dé al corazón algún consuelo!

Y bien sabes, mujer, que la voz mía
no es la del sér que cuanto anhela alcanza;
es que al abrir la tumba á una alegría
labro en ella un altar á la esperanza.

Hay Dios, hay porvenir, hay pensamiento,
esta vida que ves con amargura,
no es una eternidad ni es un momento;
hoy ó mañana alcanzarás ventura.

Entonemos un himno, cuyas notas
presten aliento al pecho que suspira;
del triste corazón las fibras rotas
pueden servir de cuerdas á la lira.

No lloremos los míseros pesares
que han de afligir al alma encadenada:
Colon al entregarse á hirvientes mares
solo pensó en la tierra codiciada.

Dios, la esperanza, el porvenir, la idea,
hallen culto en la mente soñadora:
canta conmigo, y nuestra calma sea
la que precede á la risueña aurora.

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

BLASONES, RIQUEZAS

Y POSICIONES TOPOGRAFICAS DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA.

Creo que al publicar estas líneas, si no enseño á mu- chos, amenizo sus ocios.

Habría querido ser mucho más extenso describiendo la historia verdadera de las cuarenta y nueve provincias españolas; no he hallado datos fidedignos. Conténtense con esto mis lectores.

Muy ilustre ciudad de Albacete.

Su escudo es ovalado, dentro del cual hay tres casti- llos, viéndose en la parte superior del de arriba un murciélago con las alas abiertas.

La provincia de Albacete confina con Valencia, Ali- cante, Murcia, Granada, Jaén, Ciudad-Real y Cuenca. Es famosa por su industria de armas blancas, cuchil- los, navajas, puñales, etc.

Segun algunos cronistas, Albacete era en 1403 una pe- queña aldea.

Erigida en villa por D. Alonso, marqués de Villena, en carta de privilegio fechada en 9 de Noviembre de 1413. Elevada á ciudad por real decreto firmado y ru- bricado por Doña Isabel II en 26 de Noviembre de 1862.

Ilustre, egregia, noble, leal y siempre fiel ciudad de Alicante.

Tiene por armas un castillo con tres torres sobre una prominencia parecida á un rostro humano, apenas des-

cubierto por las aguas, sobre el castillo un escudo, las bar- ras de Aragon; todo esto dentro de un escudo al cual ro- dea el toison.

Se ignora quienes fueron sus fundadores.

Confina con el Mediterráneo, Murcia, Albacete y Va- lencia.

Tiene grandes fábricas de paños y papel.

Al S. se halla situada *Elche*, rodeada de un bosque de palmeras, y el único en su clase en Europa.

La ciudad de Alicante tiene una limpia historia civil y política.

Muy noble, leal y decidida por la libertad ciudad de Almería.

Esta patriótica ciudad, la primera siempre en secun- dar cualquier movimiento liberal, ostenta un famoso ex- cudo orlado con una cinta en la cual se lee:

M. N. Leal y decidida por la libertad ciudad de Almería. Dentro del escudo la cruz de San Jorje, y alrededor cas- tillos, águilas, barras y granadas no desprendidas de la rama, en la cual se ven las hojitas.

Confina Almería con Murcia, el Mediterráneo y Gra- nada.

La riqueza de este país consiste en las minas de plo- mo, mármoles y jaspes en sierra de Gadas, de plata en sierra Almagrera, y de piedras-linas en la del Cabo de Gata.

Su historia no excede en nada á las demás provincias de España.

(Se continuará.)

MANUEL CALVO.

RECUERDOS DE SUIZA.

EL OBERLAND BERNÉS Y EL GLACIER DE GRINDELWALD

El camino que de Interlaken se dirige á Grindel- wald es una sorpresa continuada.

Aunque no ofrece dificultades para recorrerlo á pié, mis compañeros y yo preferimos tomar uno de los li- jeros carruajes del Oberland, tirados por un caballo, carruajes cómodos, que se trasforman en coche cerra- do y en carretela descubierta, segun lo exige la tem- peratura ó el capricho de los viajeros.

Salimos de Interlaken á las doce y media.

El sol nos enviaba sus rayos abrasadores, cuya vio- lencia mitigaban á veces las nubes.

Era una mañana espléndida.— El campo, vestido de verde, parecía sonreír. Las gentes con sus trajes de fiesta en obsequio á la celebracion del tiro canton- al, se cruzaban con nosotros. Los muchachos juga- ban á la puerta de los *chalets*, y los ancianos, graves y pensativos, fumaban sentados en los rústicos ban- eos. Los alegres campanillos de nuestro caballo, y los sonoros chasquidos del látigo que hacia vibrar el co- chero, interrumpian un instante el juego de los niños y el fumar de los ancianos. Unos y otros nos miraban en silencio, y despues, á ambas generaciones volvian á su recreo. El carruaje pasaba, y los campanillos y el látigo iban á sonar más adelante.

Al salir de Interlaken atravesamos una hermo- sa llanura y grandes grupos de caserios de aspecto antiguo.— A la orilla de los sembrados elevanse gra- ciosas vallas de madera, y junto al camino hay fuen- tes de tan sencilla construccion, que se reducen al tronco hueco de un árbol, por cuya cavidad corre y sale el agua purísima.

Penetramos en un estrecho valle.

La *Lütschine*, encajada en un lecho de piedras al borde de la ruta, marcha á nuestra izquierda en direc- cion opuesta á la que llevamos.

La *Lütschine* es, más que río, un torrente. Salta impetuoso; estréllase contra las rocas; se rompe en palpitante espuma, y levanta su voz como imponente clamoreo.

Ya se ensancha y se limita á quebrar sus ondas en móviles volutas, ya se desborda en cascadas atróna- doras ó se esconde en estrechas gargantas, apresurado cual fugitivo temeroso.

Hay dos *Lütschine*: la *negra* y la *blanca*. Aquella baja de Grindelwald, y la blanca de Lauterbrunnen, y se unen un poco más adelante de la carretera que se- guimos.

El agua que cae de las montañas forma caprichosas

y largas cintas, ó se deshace como niebla herida por los rayos del sol.

El viento débil, apenas agita los penachos de ramas de los pinos. Cantan los pájaros; suben del suelo olores de plantas silvestres; pacen las vacas en los prados, y llega hasta nosotros el sonido de sus campanas.

Cruzamos tres puentes cubiertos. El camino ondula siempre, y siempre sube.

El valle adquiere un grado de peregrina y selvática hermosura, imposible de describir.

A las tres y cuarto de la tarde llegamos á Grindelwald.

El melancólico valle de Grindelwald encierra tres aldeas; tiene cuatro leguas de longitud por una y media de anchura; durante el verano pacen en sus campos hasta 6.000 cabezas de ganado; lo embellecen multitud de *chalets* exparecidos en las colinas, con las vertientes más escarpadas de los montes y en los pliegues del terreno, y lo rodean como una muralla, el Wellhorn, Wetterhorn, Schreckhorn, Finsteraarhorn, Vieschhorn, Mettenberg, Berglistock, Eiger, Mön, Faulhorn, Rothhorn, Gemsemfluh, Schwzhorn, Hasli, Scheideck, Wengernalp, Laubhorn, Tschuggenhorn y el Mönlichen, montañas arrogantes y majestuosas.

Los *glaciers* de Grindelwald son dos: el *superior* y el *inferior*, separados por el Mettenberg, que es una ramificación del Schreckhorn.

Nosotros visitamos, acompañados de un guía, el *glacier inferior*, habiendo antes dejado el carruaje en Grindelwald.

La subida es penosa, pero el paisaje que se descubre desde el *mar de hielo* del *glacier* compensa la fatiga experimentada.

El *glacier* es una grande superficie revestida de hielo, una petrificación de la nieve, que ha formado agujas, ondulaciones, tajos, rocas aisladas y otras figuras. A poca distancia de este desierto hay un chalet, donde una preciosa joven, esbelta, rubia, de mirada inteligente y de maneras distinguidas, vende fotografías, bastones para las montañas y juguetes de madera. Delante de la casa, sobre dos extraños aparatos, vimos igual número de figuras cúbicas de hierro, cuyo largo no pasaba de 40 centímetros. ¡Eran cañones! pero cañones inofensivos, colocados allí para despertar los ecos de las montañas á razón de un *franco* por detonación.

Mandamos dispararlos. El efecto fué sorprendente; el pobre *artista*, que ganaba el pan con semejante ocupación, merecía la suma que reclamaba.

Cerca del *glacier* se abre en el hielo una galería azul, trasparente como si fuera de cristal; galería fantástica, misteriosa, que, aun á la imaginación menos poética y dada á las creaciones de lo maravilloso, haría pensar en un mundo completamente distinto del mundo que habitamos.

Al penetrar en aquel recinto, húmedo, envuelto en media luz, y de cuyas paredes caían peque-



5 y 6. Blusa para niño.



7. Vestido para niña de 2 años. (Véase el núm. 8).



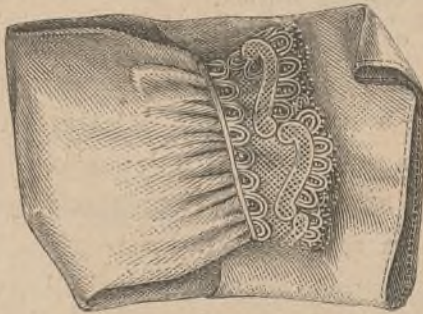
8. Vestido para niña de 2 años. (Véase el núm. 7).



9. Cestilla de cañamazo Java. (Véase el núm. 10).



11. Cuello de encaje. (Véanse los núms. 3 y 4).



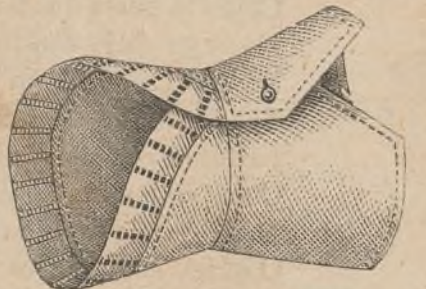
12. Manga correspondiente al cuello núm. 11.



10. Cenefa para la canastilla núm. 9.



13. Cuello de batista con calados.



14. Manga para el cuello núm. 13.



15. Chaqueta con trenzados.



16. Vestido para niña (Véase el núm. 17).



17. Vestido para niña. (Véase el núm. 16).

caprichos de la naturaleza afectaban las más raras formas, como si aquellos dibujos pertenecieran á una arquitectura primitiva.

Luego la gruta cambia de dirección, y merced al arco de círculo que describe, quedamos durante algunos momentos en la oscuridad.

Por último llegamos á una rotonda, que es el fondo de la galería.

Dos *quinqués*, alimentados con aceite, alumbraban aquel retiro ideal, y dos mujeres, de las que una tocaba un instrumento de cuerda, cantaban un aire del país.

El efecto de la luz sobre las paredes de hielo era hermoso; yo, sin embargo, juzgué una profanación transformar la gruta en el gabinete de una casa particular; pero hablando con exactitud, mi manera de discurrir era apasionada.

Aquellas gentes especulan con los quinqués de aceite y con la visita de la caverna. Han establecido una tarifa, y ántes que el via-

jero se interne bajo las bóvedas de nieve cristalizada saben á qué atenerse. Todo ello es lógico. Se trata de un *negocio*, y nada más.

De vuelta á Grindelwald, ocupamos el carruaje, y descendió el caballo al trote las onduladas pendientes del camino que conduce á Interlaken.

Encontramos dos ó tres pastores, uno de los cuales llevaba al hombro un *cuerno de los Alpes*, y como el cochero nos llamase la atención acerca de aquel instrumento musical, disfrutamos de sus acentos, á cuyo fin el vehículo se detuvo un rato. El *cuerno de los Al-*

pes está formado por un tronco hueco de pino, de unos cinco pies de longitud, encorbado un poco en el extremo por donde sale el sonido. Para que este sea agradable necesita las montañas y los valles, que es donde se encuentran prolongados ecos que repiten las notas.

La voz del cuerno de los Alpes tiene cierta semejanza con la de una trompeta; es armoniosa. De cerca suele aparecer áspera; de lejos es melancólica y dulce. En tiempo despejado vibra con claridad; en tiempo cubierto su entonación es quejumbrosa.

La habilidad del músico saca del cuerno de los Alpes hermosos conciertos. El eco produce, gracias á este instrumento, los más extraños caprichos.

El cuerno de los Alpes servía en otra época para acompañar el *ranz de las vacas*. En el siglo XIV, cuando tenían lugar las terribles luchas de los suizos por la independencia de su patria, los valientes pastores usaban aquel instrumento para anunciar la presencia del enemigo y llamar á las armas; hoy las costumbres han variado; la paz impera en la Confederación, y cuando los ecos de las montañas



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel 2^a, II. Madrid.

repiten los sonidos del cuerno de los Alpes, el labrador que cultiva la tierra sonríe tranquilo, porque la voz que escucha, lejos de ser un grito de guerra, es un cántico de bienandanza que hace latir su corazón y



23. Ficha para juego. Pintura. (Véanse los grabados 22 y 24).

volver el rostro hacia el hogar donde reposa tal vez el hijo pequeñuelo de su alma.

Cerca de Interlaken empezó a oscurecer. En el valle todo era sombra. Las brumas de la noche subían poco a poco por las vertientes de los montes; subían apacibles, perezosas, lentas, invadiendo los *chalets*, las rocas, los bosques de pinos. Las cumbres resplandecían bañadas en luz, y sus contornos se dibujaban en el horizonte. Luego aquellas líneas perdieron su fuerza, y después las nubes coronaron las cimas y borraron sus imágenes.

Al desembocar en la llanura donde se halla Interlaken, nos vimos bañados en luz. Las sombras quedaron en el valle y el crepúsculo se prolongó todavía mucho tiempo, antes que cerrase la noche.

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres
POR ANGELA GRASSI.
(Continuación).

Esto me dijo una mañana D. Silverio, y comprendí que tenía razón. Entonces volví a coger la azada y la regadera, y empecé a trabajar con tanto ardor, que en pocos días el jardín recobró su espléndido



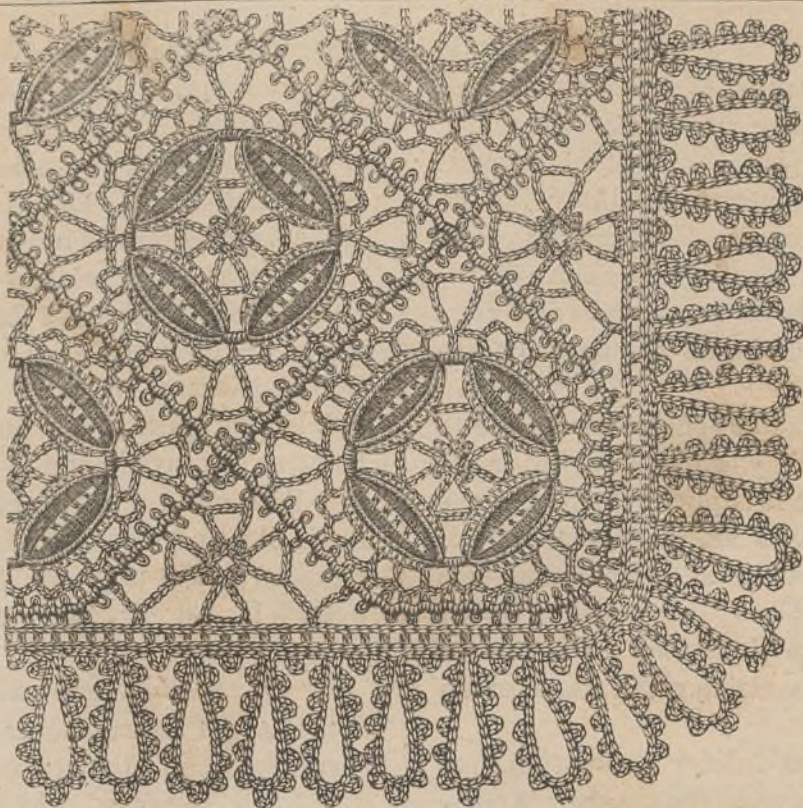
26. Sillon de tijera para salon. (Dibujo y explicación: pliego por el derecho, núm. 10).

da hermosura. Y cada nuevo capullo que brotaba, cada nuevo fruto que aparecía en los árboles, me infundía consuelos y esperanzas, porque me parecía que Dios, satisfecho de mi obra, me devolvería el bien que había perdido... Y trabajaba todo el día lleno de entusiasmo, porque al ocultarse el sol tras las montañas, mis flores, agradecidas, me decían en su lenguaje suave y misterioso: *vendrá, vendrá pronto Margarita!* ¡Y esto repetían los pájaros y la brisa, las fuentes y los ecos, y yo me adormecía feliz, con la esperanza de verte al día siguiente!... Después... ¿qué sucedió después?

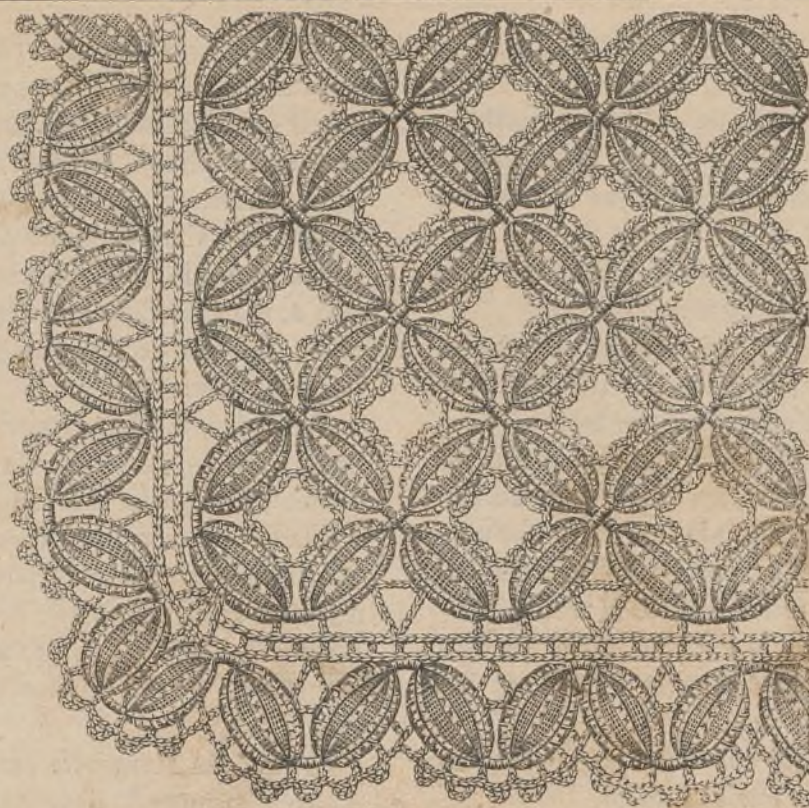
Tu casa abierta... unos entran, otros salen, estos se llevan una mesa, aquellos una cama.

¿Por qué, por qué se llevan esos objetos que son de mi querida Margarita?

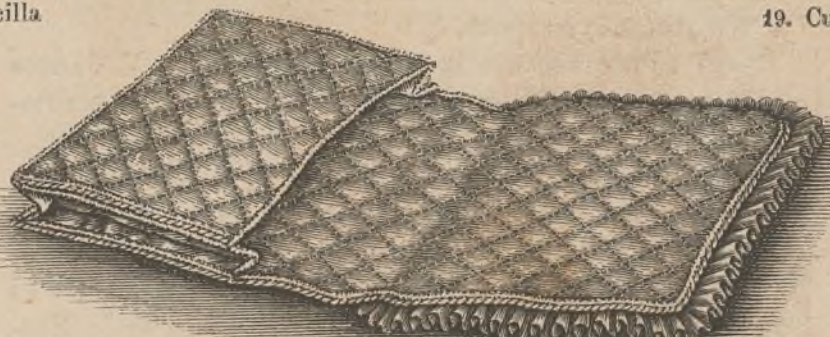
El anciano, pálido, jadeante, se apoyó en el tronco de un árbol, y guardó silencio.



18. Cuadro de cinta irlandesa, trencilla y crochet para corbatas.



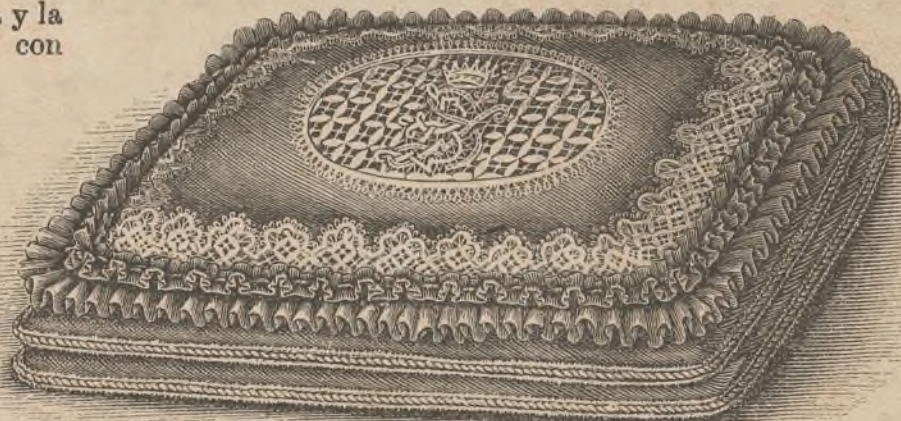
19. Cuadro de cinta irlandesa y crochet para corbatas.



20. Sachet para pañuelos. (Véase el núm. 21).



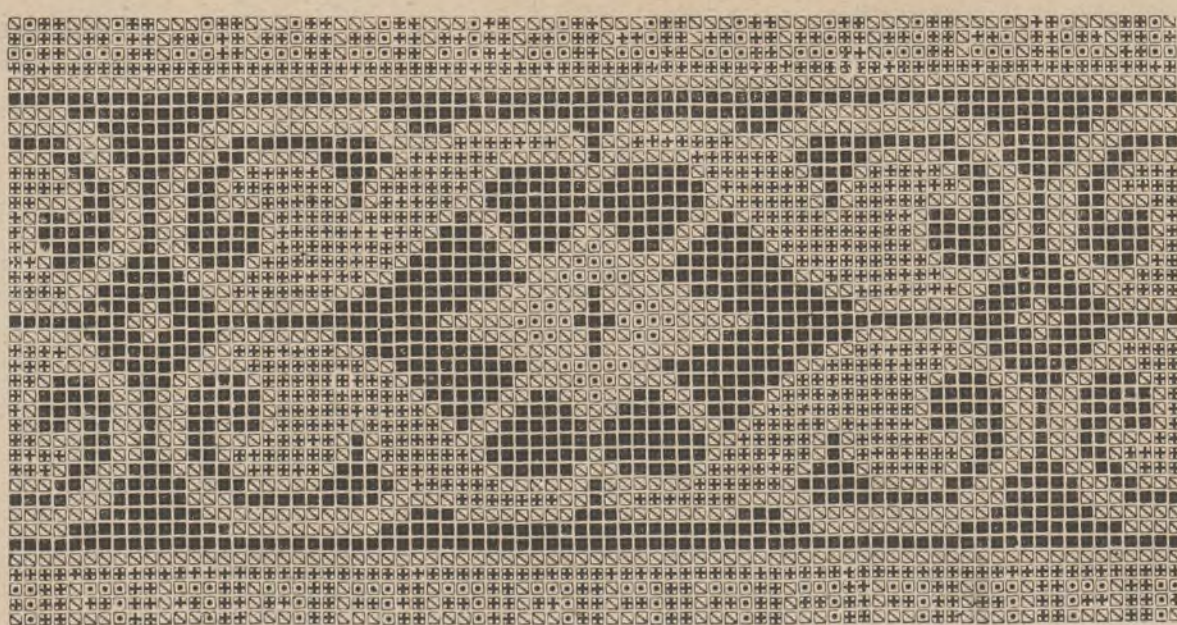
22. Caja para fichas. (Véanse los núms. 23 y 24). (Explicación y dibujo: pliego por el derecho, número 20).



21. Sachet para pañuelos. (Véase el núm. 20). (Pliego por el derecho, núms. 40 y 41).



25. Encaje irlandés.



marrón.

marrón claro.

seda marrón.

negro.

28. Cenefa de tapicería para el sillon núm. 27.

—Creo que estuve muy malo, repuso al cabo de algunos instantes pasándose la mano por la frente, creo que estuve próximo a ir a reunirme con ellas... ¡Dios no lo quiso!... Dios, por el contrario, pareció quitarme el tupido velo que oscurecía



24. Ficha para juego. Pintura. (Véanse los grabados 22 y 23).

mi razón. Cuando me levanté, mis ideas se presentaban claras y distintamente a mi imaginación.

Una mañana vi sobre el pupitre de D. Silverio una

carta abierta... ¡era tuya! ¡Aquella carta estaba regada con tus lágrimas! ¡en aquella carta pedías auxilios y consejos!... ¡Ah! tú no me quieres como yo te quiero... Tú, en la desgracia, no te acordaste de tu pobre viejo...

Y Norberto, dejando caer la cabeza sobre el pecho, empezó a sollozar como un niño.

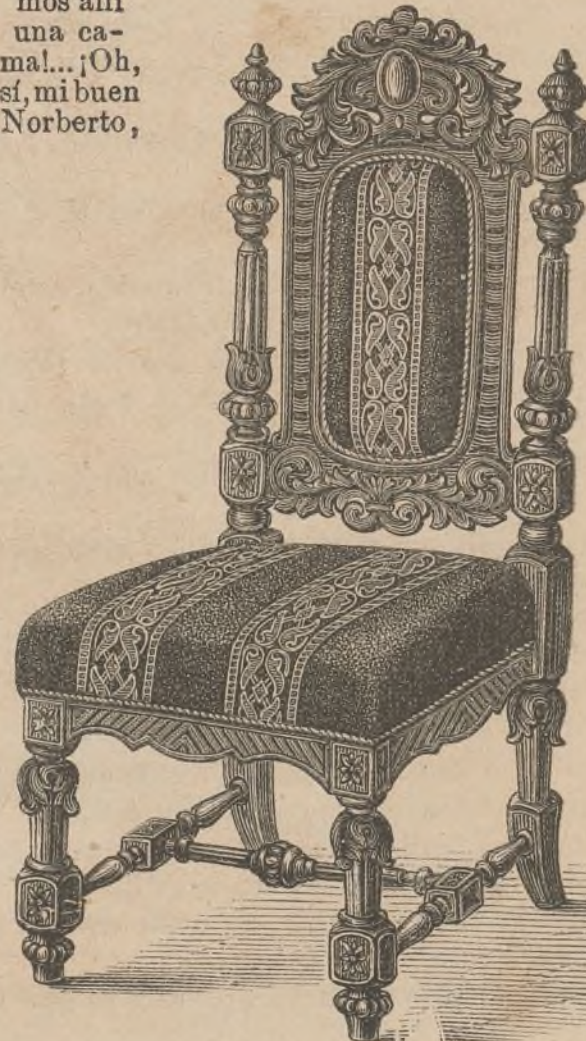
—Mi amor me iluminó, repuso entre lágrimas y suspiros, copié las señas exactas del lugar en donde habitabas, cogí mi sombrero y mi bastón, salí de casa de D. Silverio sin decir nada a nadie, porque no estorbasen mi intento, y anduve día y noche, hambriento, a pie, perdido entre los montes, perdido entre las calles de una ciudad populosa, siendo a veces objeto de compasión, a veces de burla y de desprecio, porque sabía que el término de mi viaje serían tus brazos, Margarita...

La joven conmovida hasta el extremo, al oír aquella tierna relación, estrechó contra su pecho al noble anciano, cuya suave locura inspiraba tan dulces simpatías.

Largo rato lloró en silencio, suspendida del cuello de su amigo, y luego exclamó, como si hablase consigo misma:

—¡Si volviese Antonio antes que él!... ¡Esta mañana accedí a mis súplicas y le permití entrar!... ¡Ahora tal vez consienta en esconderle!... ¡Hay un cuartito en el desván;

pondríamos allí una cama!... ¡Oh, sí, mi buen Norberto,



27. Sillon bordado. (Véase el núm. 28).

tranquilícese V!... ¡verá V. qué bien se arregla!

Norberto no respondió: el leve color de sus mejillas se había apagado; el brillo de sus ojos se había extinguido.

Margarita le contempló con espanto, temerosa de que uno de sus accesos sucediera a aquel instante de calma y lucidez.

No se engañaba.

Norberto, con los ojos fijos en un extremo del jardín, extendió su trémula mano, y exclamó con inexplicable terror:

—¡Sí, es preciso ocultarme!... ¡pronto, pronto!... ¡No ves esos hombres que se acercan!... ¡Quieren cargarme de cadenas! ¡quieren sepultarme en un lóbrego y triste calabozo!... ¡Seis años!... ¡seis!... ¡Míralos!... ¡allí están!... ¡Los ves!... ¡Ocultame, Margarita, ocúltame por Dios!...

Y el infeliz, lleno de espanto, se acurrucó detrás de Margarita, escondiendo el rostro entre los pliegues de su vestido.

En aquel instante se oyó el ruido que producía la puerta de la calle girando sobre sus goznes.

—¿Quizás sea mi marido! dijo la joven con angustia... ¡Venga V. conmigo, Norberto, venga V... y le esconderé en cualquiera parte!... ¡Andrés no quiere que se reciba a nadie!... ¡Venga V.

Inútiles eran sus ruegos, que aumentaban más y más la perturbación de espíritu que afligía a Norberto.

—¡No me engañas, dijo éste agarrándose al rústico asiento, no me engañas, no!... ¡Son ellos!... Llevan cadenas para maniatarme, pero no quiero ir, ¡no iré!

Oyóse un ruido cercano de pasos. Margarita cruzó las manos sobre el pecho, y elevó los ojos al cielo, como implorando su auxilio. Leopoldo, que al oír abrirse la puerta había trepado cautelosamente por el tronco de la higuera, procuró esconderse entre las ramas. Norberto permanecía acurrucado detrás de Margarita, fijos los ojos en el punto en donde su imaginación le hacía ver los fantasmas que temía.

Andrés, pues él era, descendió con paso majestuoso la escalera que desde la casa conducía al huerto.

Con una rápida ojeada escudriñó todos los rincones, y al ver levemente agitada la copa de la higuera, se sonrió de un modo imperceptible. ¡Sin duda sabía lo que iba a encontrar allí!

Cuando entró en el cenador, Margarita le saludó con una admirable mezcla de dignidad y dulzura, pero no obtuvo respuesta.

Adelantábase Andrés como quien busca un pretexto cualquiera para reñir, y sus ojos tropezaron con el anciano.

—¿Quién es ese mendigo? preguntó con ademán de insolente desprecio, dirigiéndose a Margarita.

Norberto se levantó como herido del rayo.

—¡Mendigo! ¡mendigo! exclamó con noble orgullo, ¡yo mendigo! ¡miserable!

—¡Mendigo y loco! replicó Andrés lleno de cólera. ¡Son estos los huéspedes, señora, que acoge V. en mi casa? ¡Y cómo ha tenido V. audacia para recibirle sin obtener primero mi beneplácito?

—¿Es por ventura el verdugo? murmuró Norberto con espanto, asiendo de Margarita.

—Esa exclamación, interrumpió Andrés, me prueba cuál era la clase de conciliábulo que celebraba V. con ese hombre. Sin duda le pintaba V. su triste situación, sin duda le pedía que protegiese su fuga para ir a reunirse con su amante.

Margarita levantó la cabeza con dignidad, y sus ojos lanzaron rayos de noble cólera.

—Caballero, exclamó, no reconozco en V. el derecho de insultarme.

—Conservo aun las señales de una herida, emblema de la que abrió V. en mi honra, gritó Andrés.

Norberto, al oír este altercado, pareció recobrar repentinamente la razón, y se lanzó en medio de ambos esposos.

—Véte, viejo loco, repuso Andrés empujándole lejos de sí.

Margarita soltó un grito, y acudió a sostener a Norberto, que se tambaleaba.

—¡Respételo V! dijo a Andrés, respételo V., ¡yo lo mando!

—¡Usted!

—¡Yo! Su compañera de V., no su esclava.

—¡No tiene derecho a que se la considere la que no tuvo en consideración el decoro de su marido!

—¡Créame V. culpable si quiere, caballero! ¡Su sistemático desprecio ha llegado a serme indiferente!

Hágame V. vivir aquí prisionera, sin criados que me sirvan, sin amigos que me consuelen...

—El que ve peligrar su honor, justo es que le custodie.

—Pues bien, sea; tengo fuerte el corazón, y estoy acostumbrada a sufrir. Haga V., pues, cuanto le plazca, máteme V., pero jamás consentiré en que ultraje a un pobre anciano indefenso, a quien amo, a quien venero... ¡Donde quiera que yo esté, tendrá hospitalidad, donde quiera que yo esté, es preciso que se le respete!

—Sí, ¿eh? pues yo mando que se le eche al instante de esta casa, que es mía.

—Jamás.

—Margarita, me va V. exasperando.

Y Andrés se abalanzó hacia ella con ademán amenazador. Las ramas de la higuera se agitaron con violencia, y Norberto, enfurecido, blandió su nudoso palo.

Margarita previó las funestas consecuencias que podía tener esta escena, y se interpuso entre su marido y el anciano.

—Cálmese V. mi buen Norberto, exclamó llorando, no olvide V. que el que tiene delante es mi marido, y usted, añadió dirigiéndose a Andrés, ¿qué es lo que le he hecho, para que se goce en mis continuos sufrimientos? ¿Acaso

no respeto su voluntad? ¿Acaso no le basta una mirada para ser obedecido? ¿De qué puede V. acusarme? Quiso usted que viniese a habitar estos sitios desiertos, y obedecí sin replicar. No contento aun, me prohibió que saliese de casa, y me conformé con sus mandatos: por fin me retuvo V. aquí como prisionera, dándome por carcelero a Antonio, y solo respondí con lágrimas a tan despótica exigencia. Le he obedecido no escribiendo a la condesa; después de mi primera carta, no he vuelto a escribir a D. Silverio.

Por más que pienso, por más que reflexiono, no acierto con el medio de agradarle a V., y es que V. nada quiere poner de su parte. Por Dios se lo suplico: ya que nos une un lazo indisoluble, procuremos ambos tolerarnos mutuamente, ya que es imposible que el afecto embellezca nuestra vida. ¡Andrés, escuche V. la voz de la razón, tenga V. lástima de mí, tenga V. lástima de sí mismo, a quien no puede menos de contristar tan desesperada existencia!

El tono de Margarita era tan dulce y persuasivo, que Andrés, aunque lo deseaba, no supo cómo seguir la cuestión en el tono con que había principiado.

No obstante contestó.

—¿Y es por ventura la prenda que me da V. de esta alianza, su empeño en proteger a un miserable pordiosero?

Esta vez Norberto no se ofendió por el injurioso epíteto: su amor hacia Margarita había hecho un milagro, y su razón todo lo veía bajo su verdadero prisma.

—¡Adios, Margarita, adios, hija mía, exclamó, ese es tu marido, y nunca será dicho que el pobre viejo Norberto te haya arrancado ni una sola lágrima!

Y el infeliz echó a correr con una velocidad increíble en sus años, y subiendo la escalera, se internó en la casa.

Margarita quiso detenerle, pero su marido se lo impidió, y empujándola hacia atrás con violencia, la dejó caer sobre el rústico asiento.

—¡Dios es justo, caballero! exclamó la huérfana con entereza, y en su justicia confío!

Andrés no respondió, y empezó a dar rápidos paseos por el huerto.

Después se paró delante de Margarita, y dijo con tono breve:

—Ya no verá V. a Antonio; era poco celoso en el cumplimiento de mis órdenes. Le he despedido.

—¿Y voy a vivir sola?... ¡Sola, tal vez con V? balbuceó Margarita con espanto.

—Tranquílcese V.; conmigo nó. Como hasta ahora, seguiré haciéndola gracia de mi aborrecida presencia. ¡Ha venido una mujer, a quien obedecerá V. en todo!

—¿Yo no debo obediencia más que a Dios y a mi marido!

—Pues bien: ella me representará aquí en un todo. ¿Lo ha entendido V?

Margarita, a pesar de sus esfuerzos, ya no pudo contener el raudal de lágrimas que se desbordaba de su pecho.

Andrés tomó esto, sin duda, por un consentimiento tácito, porque se alejó silbando, y entró en la casa, no sin echar antes una furtiva mirada a la higuera.

En el comedor encontró a la mujer destinada al servicio, ó más bien a la mortificación de Margarita. Era alta, gruesa, de ojos azules y mejillas encendidas, verdadera flamenca en cuanto al tipo, pero cuyo rostro no tenía la expresión pacífica peculiar a los habitantes de aquellos países. Por el contrario, su mirada fría, revelaba cierta indomable firmeza de carácter, y su arrugado entrecejo sus disposiciones poco amables en favor de los demás.

—¿Has comprendido bien cuáles son tus deberes, Gervasia? la preguntó Andrés.

—Perfectamente, señor.

—Está bien: ve a buscar en las cercanías a un hombre que me lleve una carta.

Gervasia desapareció.

—Si cumple tan bien mis mandatos en mi ausencia como delante de mí, pensó Andrés, debería ser agregada a un regimiento, por su exacta disciplina.

Haciendo esta reflexión, sacó su cartera y escribió lo siguiente:

«Ha llegado el momento decisivo: se trata de ganar ó de perder la batalla. Pasado mañana debe verificarse definitivamente el enlace de Leopoldo, y en verdad, no sé a que medios ya acudir para estorbarlo. No hay que contar con Cristina, supuesto que se niega a recibir tus cartas. Demasiado tirante hemos puesto la cuerda, y se ha quebrado. Cristina solo anhela la venganza. Es preciso, pues, dirigir el ataque sobre Leopoldo, hacer de modo que la coqueta tema que no cumpla su palabra, y se arroje en tus brazos. Procura sobornar a la doncella, procura que te dé una cita esta noche en el jardín. Si logras convencer a Cristina, un escándalo cualquiera haría que la condesa se rindiese a discreción. Si a la estúpida

Margarita no se la hubiera antojado ser, lo que es tan raro en el día, es decir, virtuosa, no nos veríamos ahora en tal aprieto. En mi vida he visto a un hombre y a una mujer semejantes. Por más que la he mortificado a ella, no ha dado ni un solo paso en falso; por más que Antonio le ha referido a él mil cosas estupendas, y a la verdad muy ciertas, no ha tomado resolución ninguna. Un rapto lo hubiera salvado todo. En fin, haz cuanto puedas para que el oro de la rica heredera venga a llenar nuestras solitarias gabetas. Adios.»

Mientras trazaba su nombre al pie de lo escrito, volvió a entrar Gervasia, seguida de un joven aldeano.

—Esta carta a Carabanchel al instante, le dijo Andrés. El nombre del sugeto a quien va dirigida está en el sobre; pregunta por él. He aquí la mitad de tu recompensa, y la otra mitad la obtendrás al dar cima a tu encargo.

El aldeano hizo una extraña mueca de alegría al ver depositar en su callosa mano una moneda de plata, y corrió a desempeñar su comisión.

—Adios, Gervasia, dijo Andrés, no olvides ninguna de mis importantes instrucciones.

Salió de la casa, y saltando sobre su caballo que había dejado atado a un árbol, partió a galope por el camino de Madrid.

—¡Es extraño! murmuró Gervasia viéndole alejarse. Lo que me manda hacer no tiene sentido común, pero al amo siempre le asiste la razón. Me ha dicho:—Haz esto; y esto haré sin meterme en averiguaciones.

Y se dispuso a cumplir la consigna con la impasibilidad de un autómeta.

¿Qué había pasado entretanto en el huerto?

Nada.

Margarita continuaba llorando en silencio. Leopoldo no había querido mostrarse a ella.

—¿Puede ser que nos espíen! pensaba, y es tal la situación de esa infeliz, que la apariencia más leve bastaría a perderla para siempre. ¡No soy yo quien debe arrancarla del poder de ese tirano, debe ser mi tía! Mañana haré que venga mi tía, y veremos si se le abren ó no las puertas de esta casa! ¡He visto, he oído, y esto me basta!

Mientras le conturbaban tan tumultuosas reflexiones, entró Gervasia.

Margarita, al verla, se levantó, y quiso retirarse, pero Gervasia la cerró bruscamente el paso.

—Necesitamos legumbres para cenar, dijo, ayúdeme V. a cogerlas.

Margarita la miró con altivez, y respondió sin vacilar:

—¡Eso será de su incumbencia de V!

—El amo me ha dicho que puedo mandar aquí como quiera.

Esta vez la huérfana no se dignó contestar, y se dirigió a la puerta; pero Gervasia se la anticipó, cerró, se metió la llave en el bolsillo, y sin hacer caso de la sorpresa de su señora, sin mirarla siquiera, se puso a coger las legumbres, colocándolas en un cesto que traía prevenido.

Margarita derramó una lágrima de despecho al verse sujeta a semejante humillación; pero calló, conociendo su impotencia.

—La he puesto a V. una cama en el cuartito bajo, dijo Gervasia.

—¿A mí?... ¿por qué? balbuceó la huérfana.

—¿Por qué? ¿por qué? ¿Porque se me ha antojado así!

Margarita sintió estallar su cólera, pero se contuvo otra vez, y por no hacer más ridícula su posición prorrumpiendo en vanas quejas, se dirigió a una jaula colgada de un árbol, en donde ya dormitaba un hermoso colibrí. El avecilla despertó, y al ver a su bienhechora, tendió hacia ella sus alitas, y la saludó con cariñosos pios.

Gervasia dejó tranquilamente las legumbres que tenía en la mano, y abalanzándose a la jaula, la abrió. La avecilla permaneció indecisa, prefiriendo a la libertad su dulce cautiverio; pero la terrible mujer introdujo sus dedos en la jaula, y el pájaro echó a volar.

Margarita soltó un grito, y otro grito involuntario partió de la copa del árbol.

Las miradas de la huérfana y de Leopoldo se encontraron. Imposible es trascribir lo que se dijeron aquellas dos miradas de fuego. ¡Cuánta ternura, cuántas protestas, cuántas lágrimas!

Pero si Margarita vio a Leopoldo, también le vio Gervasia, quien dijo con tono burlon:

—¡Hola! ¿Con que hay pájaros arriba?

La empujó bruscamente, y la hizo entrar en la casa, cuya puerta abrió de par en par, pero no sin que Margarita levantase las manos al cielo, é hiciese a Leopoldo una señal de gratitud indecible.

Era ya de noche.

El joven, con la muerte en el corazón, bajó de la

higuera, escaló de nuevo la tapia, y se alejó murmurando:

—Gracias á Dios que he sabido reprimirme; ¡pero mañana no vendré solo!...

(Se continuará).

BIBLIOGRAFIA.

LA CATEDRA SAGRADA

POR

DON MARIANO YAGUE (1).

No ha muchos días, que uno de los más célebres escultores de nuestra época, cuya reciente pérdida deploran las Bellas Artes de la nación vecina allende el Pirineo, pocas horas antes de entregar el alma en manos de su Criador decía á un su amigo querido, que le ha prodigado esos mil cariños sin precio de los últimos momentos:

—Si quieres ser feliz, sé siempre cristiano.

Estas palabras del ilustre Carpeaux dirigidas al joven breton, su íntimo y último confidente, no deberían borrarse del corazón de todos aquellos que aun abrigan fé y tienen esperanza en el porvenir.

Tristísimo es confesarlo, pero es una verdad incuestionable, que á donde quiera que volvemos en la actualidad nuestros atribulados ojos en busca de esa paz y reposo, que tanto nos habían halagado en nuestros primeros pasos en la vida, que tanto nos habían hecho apetecible las palabras de amor de nuestra madre adorada, que despues en la juventud, nos habían sostenido en nuestras luchas con el mundo, y que aun nos protegen para no hacernos perder nuestro postrer apoyo, únicamente hallamos el excepticismo y la duda, que todos respiramos una atmósfera saturada de materialismo y de odio.

De todos aquellos á cuyo lado se deslizaron nuestros primeros años, unos la duda los ha vuelto racionalistas; otros las predicciones de tanto falso profeta como hoy se revuelve y agita, indiferentes; otros el desencanto, incrédulos; otros, los menos, lo confesamos con gusto, la soberbia, impíos; otros, los más, yacen allá lejos, muy lejos, durmiendo el sueño de la muerte á la sombra de sus creencias, bajo la égida del Padre comun, esperando tranquilos que los llamen al tremendo juicio, y cuyo polvo pisamos dando su memoria al olvido. — ¡Felices ellos que no tienen que arrastrarse sobre la tierra ingrata, abrumados con el pesado fardo de nuestras miserias y dolores presentes!

Uno de los escasísimos amigos que la suerte amarga nos ha dejado aun para recordarnos el encanto que rodeó nuestra cuna, y el rincón de nuestros mayores, hoy sacerdote ferviente, orador elocuentísimo, narrador feliz de nuestras tradiciones religiosas, erudito profundo, galano decir y correcta frase, no contento con su nombradía alcanzada, que le han hecho admirar de propios, enviar de extraños y de todos ser aplaudido, ha tratado de presentar á las generaciones venideras una impercedera muestra de su saber, y en una obra que ha empezado á dar á la estampa, y cuyo título encabeza estos renglones, se ha colocado al nivel de las eminencias que avaloran y enorgullecen las letras sagradas.

Muchos trabajos recomendables se han impreso de este género, que alcanzan merecida y justa reputación; pero el actual viene á llenar un vacío que se había hecho sensible, si habían de hallarse estos á la altura de las necesidades de la época, y ser leídos y consultados por todos: la amenidad en la exposición de la filosofía cristiana.

En este punto creemos cuenta con muy pocos rivales temibles el Padre Yague.

Tres volúmenes van publicados de esta obra colosal, y en todos tres no se sabe qué alabar más, si su vastísima ciencia ó la galanura y belleza con que ha revestido el asunto.

¡Recuerdan nuestros lectores la manera elegante y juiciosa de los frontispicios emblemáticos, con que nuestros padres tenían la costumbre de adornar las ediciones de sus libros?

Nosotros los hemos casi suprimido como tantas otras cosas amables. ¡Desdichada reforma!

Esos frontispicios bien ejecutados, eran como una advertencia, como una información por signos del alma que se debían tomar en cuenta si queríamos que el libro nos agradara, como una invitación para entrar ó para retirarse segun la idiosincracia de nuestro espíritu ó de la disposición del momento, y lo mismo que la sinfonía de una ópera expresa primeramente bajo una forma general

y casi abstracta, las pasiones que el drama lírico va á desenvolver entre cierto número de individuos determinado, sus figuras elocuentes resumen bajo una forma abreviada, y como en algunos compases, la musa mística esparcida en las historias y poemas.

¿No es verdad que de este modo se estaba mejor preparado, por inteligente que fuera el curioso, para comprender el verdadero carácter de la historia romana, cuando un ingenioso frontispicio manifestaba en emblemas sensibles los rasgos característicos de la fuerza organizada. — Búfalos feroces domados para el trabajo, leones uncidos á un carro de triunfo, trofeos de victorias coronados de águilas con las alas extendidas, el grupo de la loba instruida para la maternidad por el mandato todo poderoso de los dioses, columnas rotas á cuya sombra duerme un esclavo apretando en su mano impotente el puño de la espada separada de su hoja, y, por último, encima de los templos y arcos de triunfo, volando hácia un cielo tempestuoso y surcado de relámpagos, los dos buitres que seguían siempre el ejército de Mario, con los collares de hierro que les habían fijado al cuello las legiones?

¿No es verdad que se penetraba mejor en el corazón de la poesía virgiliana, cuando nuestros ojos habían contemplado en el frontispicio de algun paisaje piadosamente heróico — á un lado, la vasta llanura iluminada, en la que el arado del labrador hace salir del surco los cascotes sepultados de los guerreros antiguos; al otro, la mar inmensa, azul, impeliendo dulcemente ó deshaciendo contra sus orillas los navíos, juguetes ó favoritos de sus ondas; despues, en primer término, una tumba de un antiguo caudillo sirviendo de altar al mismo tiempo, sobre la que un sacerdote consagra las espigas y los frutos, sacrificio inocente, recuerdo de los beneficios y días felices del dios Saturno, ante algunos jóvenes pastores fieles á las divinidades tradicionales de las campiñas latinas?

Pues bien, si tuviéramos que dar, por decirlo así, un frontispicio á la obra de D. Mariano Yague, si hubiéramos tenido que colocar uno á la vez arrebatador y claro, dulce y poético, y que entrañara el alma de este trabajo, ningun otro más preciso y gráfico habríamos colocado y que más en armonía estuviera con su piadoso asunto como la alegoría de la Madre del Salvador.

En efecto, imposible sería encontrar otro más concluyente y que reuniera tanta belleza como poesía, tanta sencillez como encanto, tanta sobriedad como pureza en sus contornos. María, la inmaculada, la rosa mística, la angélica, la virginal, la amable y la madre de los afligidos, cuyo aliento es bondad infinita, cuya mirada es piedad inagotable, rica y abundosa de todos los tesoros del mundo, fuente de sacrificios y de amor, y de cuya boca emanan las puras y sabrosas palabras y consuelos infinitos, como la luz emana de los astros y el perfume de las flores.

La ilustración de D. Mariano Yague así lo ha comprendido, colocando como frontispicio é introducción á su trabajo los *Misterios, Advocaciones y Novenas* á María Santísima, asuntos desarrollados magistralmente y como él solo sabe hacerlo, en los tres tomos que tenemos á la vista.

Diffícil, y hasta temeraria empresa, sería para nosotros querer penetrar, míseros profanos, en los trascendentales temas que con sin igual acierto traza con facilidad asombrosa la elegante pluma de este eminente orador, gloria de nuestros días en la cátedra sagrada. Baste decir á nuestros lectores, que las grandes verdades del evangelio, á cuya sombra protectora ha progresado la humanidad desvalida, se hallan expuestas con tal idealidad y belleza, que una vez empezada su lectura no es posible abandonarla.

Para hacerla más grata, recomendable y menos fatigosa al lector que solo trate de buscar en ella instrucción, ciencia mística y filosofía moral, en todos los discursos se echa de ver el talento con que nuestro autor amigo, ha colocado una á una las tradiciones religiosas que tan alto hablan á favor de la sencillez de nuestro pueblo, y que abrigan y acrecientan en el hogar doméstico la fé de nuestros mayores, fé que todos debemos inculcarle en la medida de nuestras atribuciones, á fin de hacerle comprender mejor y de enseñarle los veraces senderos de la libertad, de la justicia, del honor, del progreso y de la felicidad; pues dígame lo que se quiera en contrario, siempre existirá estrechísima solidaridad entre los intereses del pueblo y los de la iglesia, porque esta nunca ha dejado de ser, ¡y cómo podía hacerlo sin abdicar de su gloria más preciada! su protectora y su escudo más firme, y á la que debe su regeneración social y política.

La cosecha esparcida por este elegantísimo escritor es abundante y riquísima, y no puede menos de dar ópimos frutos por la extensión y diversidad de materias filosó-

ficas y cristianas, que en su prosecución piensa abrazar, pues, á los tres volúmenes dados ya á la estampa, seguirán otros seis que tratarán del *Verbo y la Verdad*, comprendiendo en ellos los *Misterios, Advocaciones, Novenas y Tríduos* en honor de Jesucristo; la *Religion y la Iglesia*, *Adviento, Cuaresma y Dominicas*, ó sean segunda y tercera parte; dejando para la cuarta y quinta la *Rosa de Jericó*, correspondientes á las *Flores de María, Octubre* ó el *Rosario, Devociones de la Virgen*, y los *Bienaventurados*, terminando con la *Última corona*, ó sean *Novenas de Animas y Oraciones fúnebres*.

Esta es en conjunto y á grandes rasgos la empresa acometida por el Padre Yague, que recomendamos á nuestros lectores, empresa altamente meritoria y que ha alcanzado durante su publicación los mayores aplausos de los prelados, y que reúne á su importancia incontestable una baratura extremada, dado el tamaño en 4.º mayor de los volúmenes de más de 400 páginas, y lo esmerado y riqueza de su impresión.

Todos pueden aprender mucho en ella, el saca dote la grandilocuencia y el entusiasmo para contemplar desde lo alto las cosas pasajeras del siglo, y prepararse á combatir por las cosas del cielo, por la justicia y santificación de las almas, enviado como ha sido por Jesucristo para recordar á los hombres sus destinos supremos; el profano á mitigar sus padecimientos, consolarse en las aflicciones y emprender de nuevo la olvidada senda de la virtud, asociando á sus lágrimas y luchas incesantes, que no dan un momento de paz ni tregua al espíritu, los deseos y esperanzas de felicidad.

VICENTE CUENCA.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

En esta época del año en que los salones abren sus puertas, y en que también se inauguran las modestas tertulias de confianza, bueno es poder preparar con pocas costas bebidas refrigerantes con que obsequiar á las personas que nos favorecen.

Ponche.—Tómese un limón y restréguese su cáscara contra un pedazo de azúcar de pilón, del peso de media libra; despues se echa sobre el azúcar impregnado un poco de aceite esencial de limón, y cerca de medio cuartillo de una infusión fuerte de té verde con una cantidad proporcionada de jarabe de culantrillo; se exprime el zumo de dos limones, quitándoles antes las pepitas, y se echa sobre todo media azumbre de aguardiente ó ron superior, se le da fuego, se agita la llama con el cacillo del ponche, y cuando el limón se halla reducido á dos terceras partes, se apaga la llama soplándola y se sirve el ponche caliente en vasos.

El ponche de vino tinto ó blanco se hace del mismo modo, á excepcion de que no se quema; pero se sirve caliente.

El ponche de huevos se hace echando en un vaso de ponche uno de jarabe de ponche y la yema de un huevo; se bate todo junto con una cuchara y se llena despues el vaso de agua hirviendo revolviéndola un poco.

Es excelente preservativo contra el frío.

El ponche de leche se hace como sigue: en un cuartillo de leche se baten dos yemas de huevo y despues de bien batidas se echan en la ponchera, mezclándolo con un cuarteron de azúcar. Se añade un poco de leche hirviendo meneándola bien con el cucharón y luego ron y nuez moscada en polvo.

Mas soluciones á las charadas que aparecieron en el número 1 de El Correo correspondiente al 2 de Enero por las señoritas Doña Aurora y Emilia Bretones y Don Bartolomé Barberán, la primera; Doña Amalia Navarro María de la Providencia Cabrera y D. Luis Gualda, la segunda, y D. Luis Gualda, D. Joaquín y D. Rafael Cabrera, la tercera, todos de Águilas.

A las tres nos la ha remitido la señora Batlla de Peydro, de Almería.

Y las siguientes:

I.

La vista del mar me admira;
Prenda es de abrigo el miton,
Y personaje importante
Es sin duda el Marmiton.

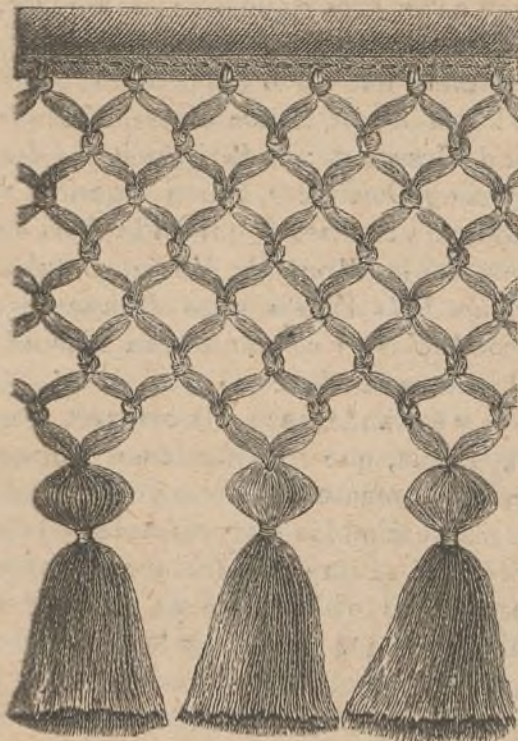
III.

Estimaba mucho á Pepe
La famosa Doña Rita,
Porque recetas le daba
Para curar su perrita.

Pinilla de Campos.

CELESTINA G. Y OBREGON.

(1) Véndese cada tomo en Madrid al precio de 20 rs., en Provincias á 22, y Extranjero á 30 rs., franco de porte. Los pedidos se remitirán al Administrador D. Francisco Ayllon, Puencarral, 81.



29. Fleco con malla para el fichú núm. 36.

CORRESPONDENCIA.

A mi querida amiga C. — Las pieles blancas y de color no pueden lavarse sin que se echen á perder; para limpiarlas, aunque estén grasientas, se toma albayalde en cantidad suficiente, se le pone al fuego solo en un pucherito, y cuando está bien caliente se le esparce sobre la piel; se deja un día, y al siguiente se sa-

cude bien; si no hubiera quedado completamente limpia se renueva la operación.

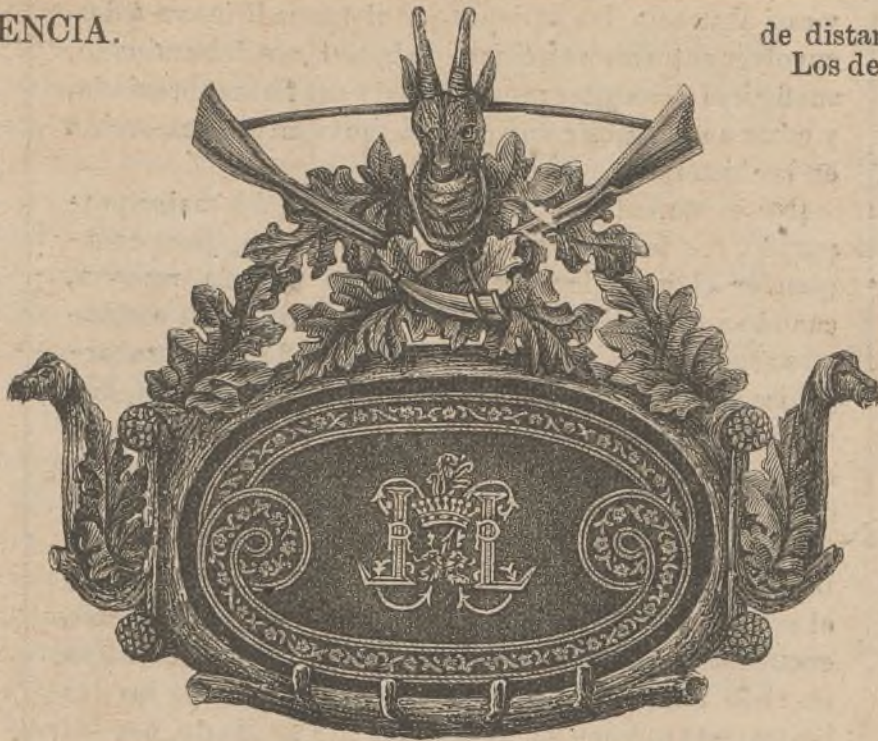
Dos primas. — Puede V. realizar con toda confianza su pensamiento; también puede completar la falda negra con una túnica blanca ó lila como alivio de luto. A un niño de seis años ya le puede V. poner pantalón y chaqueta larga.

El Sr. D. Francisco Guerrero y García, colaborador de nuestro periódico y cuyos escritos conocen ya nuestros lectores, nos ruega que demos las gracias en su nombre á los señores que le han dirigido calurosas felicitaciones por su calendario *El Nuevo Zaragozano*, en el que con tanta exactitud marcó en la segunda lunación del mes de Enero el temporal de aguas y de nieves que venimos experimentando. Cumplimos gustosos su deseo, pues merece dichos plácemes por su laboriosidad y constante estudio.

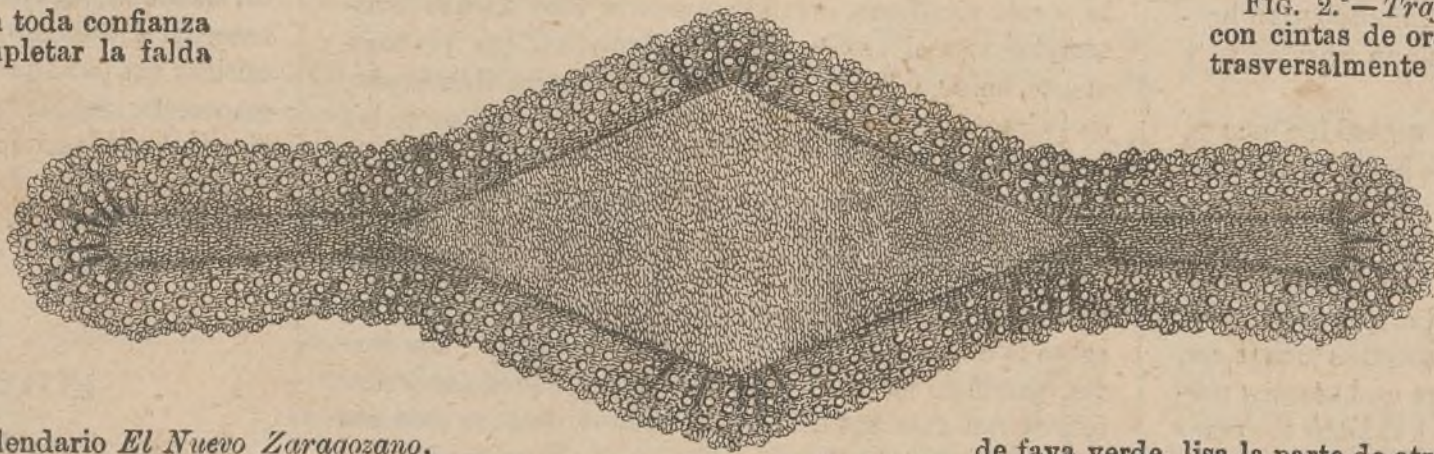
Explicacion del Figurin 1202.

que acompaña al presente número.

FIG. 1.ª — Traje rico para casamiento ó grandes recepciones. — Se hace de dos telas en todos los colores combinados que se quiera, por ejemplo, blanco y negro para medio luto, y si no blanco y azul, blanco y rosa,



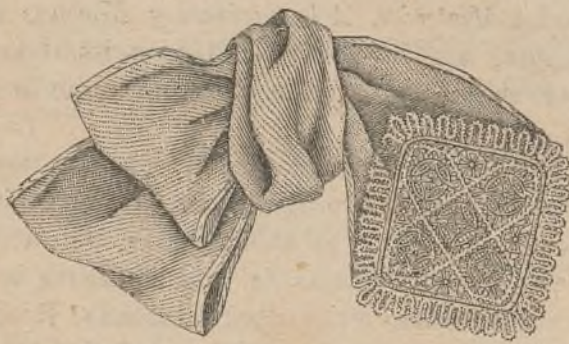
32. Porta-capas con medallón bordado. (Dibujo y explicación: pliego por el derecho, núm. 17).



34. Fichú de punto. (Véanse los núms. 29 y 30).



33. Calienta-piés bordado. (Dibujo y explicación: pliego por el derecho, núm. 6 á 8).



34. Corbata con puntas de encaje. (Véanse los números 18 y 19).

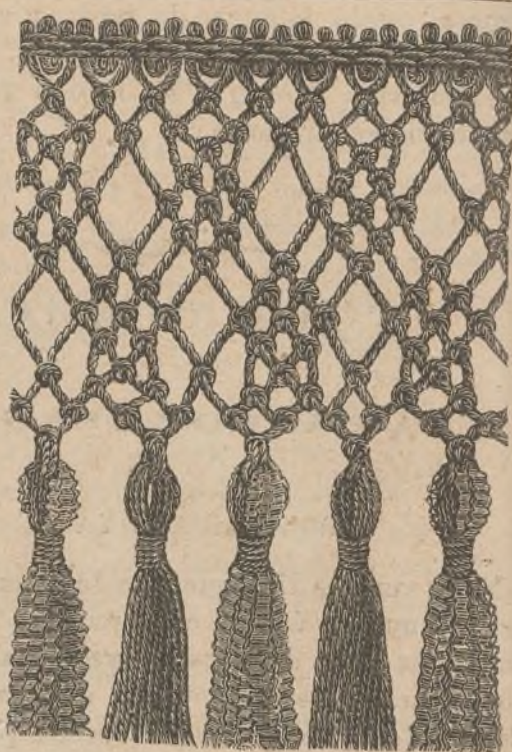
azul y negro, rosa y negro, paja y rosa. También puede hacerse de dos tonos del mismo color. El doble delantal es de faya brochada guarnecido con rico fleco. El paño de atrás de la falda está bullonado



37. Cenefa de soutache.

de distancia en distancia.

Los de costado consisten en dos tiras con tres pliegues de gros-grain ó terciopelo rosa, ó si se quiere, graciosas caídas que descienden á cada lado. El bajo de los paños de costado y de delante lleva un volante montado a pliegues y con cabeza forrada de gros-grain ó terciopelo rosa. Coraza rosa y mangas amarillo bajo. Rosa amarilla con follaje en el cabello.



30. Fleco de malla para el fichú núm. 36.

FIG. 2.ª — Traje de visita. — De faya negra adornada con cintas de oro. Los paños de atrás son bullonados transversalmente y á distancias muy grandes. La confección es de siciliana negra de una forma muy nueva; las mangas y las aldeltas son del estilo Luis XIV. Sombrero de fieltro adornado de rosas y de plumas.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1201.

que se repartió con el núm. 3 del CORREO correspondiente al 18 de Enero.

FIG. 1.ª — Traje de baile. — Es de faya verde, lisa la parte de atrás, que dibuja extensa cola, y graciosamente fruncida por delante, recogidos los fruncidos con lazos en los costados. Cuerpo-coraza con berta fruncida y manguita corta. Peinado de rosas, pulseras de oro, guantes blancos y salida de baile de rico cachemir blanco con borlas de seda.

FIG. 2.ª — Vestido de terciopelo color de venturina oscuro, adornado con encajes negros y franjas de oro. Un grupo de flores granate y oro cierra la berta en el pecho y realza el peinado. Gola y mangas de encaje blanco.



35. Fichú de punto. (Véase el núm. 31).



36. Fichú con fleco.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.